

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

DESPUES DE WATERGATE

LOS ESCANDALOS POLITICOS

El asunto Watergate lleva camino de convertirse en un gran «affaire» político en los Estados Unidos. El espionaje sobre el cuartel general electoral del Partido Demócrata organizado por el estado mayor del Partido Republicano no hubiera tenido implicaciones tan graves de no haber intervenido como organizadores de la «escucha» electrónica y del registro de los documentos del archivo personalidades de la Casa Blanca que gozaban de la plena confianza del presidente Nixon y que ejercían cargos de alto nivel.

El ministro de Justicia también y algún subsecretario parecían estar al corriente de lo que se planeaba, aunque ahora declaren que se opusieron al intento. Los ejecutores del golpe eran individuos reclutados para el caso, entre los que había refugiados anticomunistas y algún elemento de los servicios especiales de inteligencia. También han ido apareciendo otras implicaciones escandalosas concomitantes que afectan al jefe del F.B.I. y que revelan la existencia de «dossiers» falsos y comprometedores destinados a destruir el prestigio moral de personajes demócratas como Eduardo Kennedy, entre otros. El robo de fichas médicas de la consulta de un palquero para utilizar argumentos de naturaleza íntima contra los adversarios, es otro de los increíbles episodios revelados y atribuidos a uno de los ayudantes del presidente, Hunt.

Las mutuas acusaciones y recriminaciones hechas para salvar la responsabilidad de los acusados más importantes han permitido conocer al detalle, el manejo, los hilos, el desarrollo y el costo de la operación. La opinión pública que durante la campaña electoral no dio demasiada importancia al tema, ocultado por el preponderante peso del desenlace de la guerra del Vietnam, se interesa y apasiona ahora por el asunto en forma inesperada. La marea alcanza tal volumen que el propio Nixon se ha visto obligado a intervenir abriendo personalmente un expediente de investigación. Han caído en la operación de limpieza muchos de los íntimos colaboradores del presidente, con objeto de salvar el prestigio de éste, cara al país. El equipo «rusiano», como es llamado irónicamente por la raíz germánica de sus apellidos, jugará con algunos más la factura de los vidrios rotos, aunque en este caso no fueran cristales, sino costuras que se violaron abiertamente.

Lo que la gente no perdona es el notorio abuso de poder que el problema Watergate representa. Los dos partidos, el republicano y el demócrata, tuvieron, efectivamente sus buenos escándalos políticos en tiempos pasados cargados en su «deber» y nadie está limpio entre ellos para tirar la primera piedra al prójimo. Pero aquí se trata de los hombres de confianza de un presidente, moviendo los hilos de la intriga con todo lo que ello arrastra de poder y de impunidad desde sus despachos de la Casa Blanca. Por otra parte, la enorme desproporción de los medios financieros utilizados por los republicanos sobre los demócratas abre el camino a diversas clases de ingerencias en el proceso electoral mismo.

Se ha sabido así que en el momento del minado de las aguas del puerto de Hainan, como en ocasión de la invasión vietnamita

de Camboya, episodios ocurridos en plena campaña presidencial, el abrumador número de mensajes favorables a esas decisiones militares recibidos en la Casa Blanca y que testimoniaban de una inmensa mayoría de ciudadanos apoyando las discutidas decisiones no eran en realidad sino falsos telegramas pagados por el comité del Partido Republicano con cargo a sus fondos suscritos por personas imaginarias y remitidos desde muchos puntos del país. Los anuncios aparecidos en la prensa de grupos de personalidades aplaudiendo el bloqueo de los puertos vietnamitas eran asimismo publicidad pagada por el Partido Republicano sin que existiesen en realidad tales «comités de apoyo», ni los supuestos firmantes del aparato manifestado.

James Reston, que se distingue por su moderación y su independencia, sostenía hace poco en las páginas del «New York Times» que la investigación ha hecho aparecer muchas cosas más: la organización sistemática de «reventadores» en los actos del Partido Demócrata pagado por los republicanos. La circulación de falsos programas atribuyendo a los candidatos demócratas iniciativas que nunca habían patrocinado. La organización de «incidentes» desfavorables, recogidos por una cadena de televisión avistada de antemano. La infiltración de miles de falsos «voluntarios» en el campo demócrata que eran en realidad agentes pagados por el adversario que traían información confidencial. «Estamos — escribe — ante la constatación de que existe un brutal y evidente proceso de corrupción en la política americana financiado por grupos y gentes cuyo nombre muchas veces se oculta y que han saboteado los principios en que se apoya el libre juego democrático de las instituciones de nuestro país».

La amenaza es cierta y seria. La democracia activa es un proceso frágil. Se basa fundamentalmente en la ética común de los participantes. Sin un mínimo de consenso moral el sistema democrático no funciona. La presión del dinero ha sido — desde siempre — el gran elemento corruptor que amenaza el juego limpio. En esta ocasión, la abundancia de los medios de una de las partes ha inclinado la balanza hacia la fácil tentación de utilizar el poderío económico para financiar lo inaceptable. Los procesados de Watergate comparecerán ante un jurado porque sus actividades concretas caen dentro de la esfera de la ley penal. Pero las otras gentes, numerosas, elementos directivos que organizaron el clima general de perturbación y envenenamiento del proceso político, esos, escaparán al control de la acción judicial. Watergate acabará por diluirse en un juicio de ruidosa apariencia y escasos resultados tangibles. La cuerda se romperá como siempre, a niveles menores, por lo más flojo.

Es interesante sin embargo, observar el episodio, por sintomático y excepcional. Pocos países de tradición democrática, habrían, en efecto, organizado un pleito público de tales dimensiones en torno a la infracción de las reglas del «fal play» en una campaña electoral entre partidos. En muchas naciones

europas el caso no hubiera pasado de ser un tema de vاپeoo periodístico y quizás de ataques satíricos en semanarios o revistas. En Norteamérica la opinión lo ha tomado en serio y plantea el tema y su posible relativa impunidad judicial como algo que afecta a la esencia del sistema mismo y que puede no sólo perjudicar notablemente a la imagen de los Estados Unidos en el mundo, sino a la propia fe del ciudadano en sus instituciones públicas en las que, como ha escrito un gran columnista, se ha perdido el sentido de la decencia.

Kissinger, el asesor máximo de Nixon en materia exterior, dijo en una reciente conferencia en Nueva York, que después de que se apagara el escándalo de Watergate y los culpables hayan sido castigados habría que volver a mirar hacia el interés general futuro del país por encima de la crisis temporales. Es una gran verdad. Pero también lo es que los pueblos poderosos, tienen, por el hecho de serlo, que cuidar más la fachada de su vida pública ante los demás. La gran «República Imperial», como la llama Raymond Aron en su reciente ensayo, sigue llenando con su fuerza y su dinamismo el primer término de la escena internacional. El perfil de los Estados Unidos proyecta su sombra a los cinco continentes. Enarbolando, como lo hace, una filosofía de la vida pública optimista y proselitista hacia los demás pueblos, debe evitar que en forma obvia, los mecanismos constitucionales acaben siendo caricaturas de sí mismos y los principios de mutuo respeto, pisoteados de una forma escandalosa por grupos cercanos a la responsabilidad máxima del poder. Montesquieu definía la República como el sistema en que todos los hombres eran ciudadanos y el gobierno se elegía por el pueblo. Pero añadía que la base de la perduración de las Repúblicas era la virtud, o en otras palabras la honestidad en el ejercicio de esa ciudadanía.

Cuando no rige esa norma común y se trasponen las fronteras de lo convenido, el sistema falla. Durante doscientos años y a través de notables conmociones, dificultades, guerras civiles y exteriores, la República norteamericana, fundada en Filadelfia, ha logrado que su complejo sistema de mecanismos democráticos funcione y sobreviva. Pero el último escándalo ha demostrado que una especie de ceguera moral ha dominado la pasión de ciertos hombres que rodeaban al presidente, lanzándolo a cometer felonías inaceptables contra el adversario político. La propia integridad moral de Nixon ha quedado seriamente entredicho hasta el punto que el vicepresidente Agnew ha considerado necesario salir en su defensa con una declaración de solidaridad.

Nixon, que mantuvo una actitud de arrogante desdén durante la campaña presidencial hacia su contrincante y hacia el mismo Congreso, apoyándose en su equipo de expertos incondicionales, ha encontrado ahora la crisis planteada en el seno de su propio estado mayor frente a una opinión sorprendida y contrariada que ve con dolor, a la máxima de las instituciones de su país, la Presidencia, salpicada por el escándalo.

José María DE AREILZA

UNA TENDENCIA

LAS FIESTAS DE GUARDAR

SE habló mucho de ello, días atrás. No hubo rincón de periódico, desde la caricatura a la editorial, donde no se filtrase de algún modo el comentario. La Semana Santa se ha convertido ya, prácticamente, en una semana tan «profana», que casi ni queda rastro de lo que hasta hace unos pocos años todavía eran ritos estrictos o festivos. Los oficios sagrados, las procesiones penitenciales, el júbilo eclasiástico de la Pascua, van siendo sustituidos por una vacación inesperada. Ignoro lo que ocurre en otros países. Tal vez allí donde la sociedad experimentó un precoz proceso de secularización, el calendario es menos generoso en asuetos de origen religioso. No lo sé, repito. En estas latitudes se arrastra aún la antigua tradición de fiestas para conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección del Cristo. Se restringe la jornada laboral del jueves, se huelga el viernes y, en ciertas zonas, se continúa la alegría del «surrexit elcut dixit» con un día más — en mi pueblo dos — de paro total o parcial. Esto es lo que procede de la piedad. Si se le suma el truco del «puente», el empalme permite un espacio de tiempo discretamente largo, aprovechable para salir al campo, a la playa, o a donde sea. Y la debandada es general. Los templos y las ceremonias contiguas acusan de manera escandalosa el eclipse de los feligreses.

Nadie se rasga las vestiduras, por lo que veo. Ni siquiera en los reducidos preconciliares más empeñados se levantan voces de anatema. Flota en el ambiente una condescendencia, si no cómplice, al menos comprensiva, respecto a la diáspora higiénico-jovial. Los clérigos progresistas cogen la ocasión por los pelos, y surprimen en sus parroquias lo que mejor se presta a suprimir: un desfile de vestas o sayones,

un emblema, un «paso» demasiado truculento... la causa de fondo no constituye un secreto para nadie: es la semidematización del automóvil. No hay que llamarse a engaño acerca del fenómeno: sus primeros beneficiarios han sido la gente que antes nutría las cofradías, llenaba las iglesias o acudía al viacrucis. Me refiero ahora a las áreas no abruptamente rurales, que éstas, o se han disipado, o ya no cuentan. El acceso al coche familiar y pagable a plazos se ha difundido, ante todo, entre la «clase media», y su hijuela de «cuellos blancos». El pueblo bajo, sin vehículo propio hoy, tampoco fue ayer el cliente más asiduo de la liturgia de estos días. Hablo en general, claro. La deserción se produce entre los fieles más significativamente obvios. Han guardado en los armarios la mantilla — de blonda o no — que antes servía para visitar monumentos, y se han echado a la carretera. La última devoción perdura en quienes esperan su turno.

Alegar en este punto el fantasma de la «des-cristianización» del vecindario sería excesivo. No negaré que, con el enorme llo que llevamos en trámite, se hayan alojado algunos resortes morales importantes. Pero la inmensa mayoría de los semanaseros de coche son individuos que se santiguan cuando toman el volante y llevan al lado del cuentakilómetros una imagen de San Cristóbal. No han perdido la fe, ni mucho menos. Son ciudadanos corrientes y molientes — estamentalmente muy definidos — que, de pronto, se han encontrado con la oportunidad de escoger. La elección es la que tiene que ser. Entré quedarse en su domicilio y continuar la rutina impuesta por la gallina y por el folklore, o lanzarse a la excursión laica y reconfortante, no vacilan: optan por lo segundo. Aunque la dis-

yuntiva no es percibida en estos términos tan escandalosamente diáfanos, la cosa es como digo. No «huyen» de la sacristía de su distrito, por supuesto. Huyen de la ciudad, de la fijación oprobiosa del trabajo, de las calles y las paredes cotidianas. Tres, cuatro, quizá cinco días seguidos de fiesta pueden representar un aplaceable respiro. Y no lo dejan escapar. En ruta, si la conciencia arpieta, ya encontrarán un sitio donde oír misa, caso de que se trate de oír misa. Y llegados al restaurante, automáticamente preferirán un menú a base de pescado.

A otro nivel — y en otras partes, si bien aquí el esquema sería el mismo —, también se observa un parecido relajamiento en cuanto al aparato que solía rodear a la fecha del 1 de mayo, entre las organizaciones proletarias. Dejando a un lado lo que ocurre en los Estados oficialmente socialistas, no hay duda de que la vieja celebración reivindicadora ha sufrido parecidos cambios a la Semana Santa. Medió el truco de dar categoría de «fiesta» — los mandamases del neocapitalismo son extremadamente hábiles — a la jornada revolucionaria, con lo cual la «integran». Por lo demás, también la clase obrera, por más «conciencia de clase» que disfrute, se ilusiona con el dichoso coche-cito familiar: el módico selicientos. Y si el sueldo no alcanza para tantas y tales fantasías, el televisor, más barato, cumple como sucedáneo. O cualquier otro recurso: el descanso puro y simple, por ejemplo. Las masas trabajadoras esquivan la manifestación clamorosa y abundante casi en la misma medida en que la mesocracia deserta el sermón de las «Iete Palabras» o el Santo Entierro. Los dirigentes de partidos de clase — aludo, claro está, a los de los países de democracia burguesa — descubrieron,

hace tiempo, que no convenía citar a mitin o a célula a sus militantes en día y hora que coincidiese con fútbol o boxeo en la pequeña pantalla. La competencia resultaba irresistible. Sin que por eso el militante renunciase a su carnet, como el otro a su San Cristóbal.

Me temo que, pensando en el futuro, y pase lo que pase, la tendencia será a no renunciar a ninguna «fiesta» — de las «de guardar» —, emane de la derecha o de la izquierda. Se olvidará o se disimulará, con los años — porque el tiempo sí que es un factor abrasivo para las «ideologías» —, el valor emblemático que sugirió la distinción del día. Pero el hecho consumado de unas «vacaciones» — y más si son «pagadas» — se considerará como una ventaja inalienable. Por expresarlo de algún modo — y mal expresado, supongo —: hasta el más empedernido de los incrédulos exigirá su Semana Santa, y una divertida «unidad de clases» coagulará en torno al 1 de mayo. Y no digamos si media un «puente»... La humanidad, inocente o no, siempre ha sido partidaria de las «fiestas», y han de serlo más que nunca en esta época, cuando los «contratos colectivos» prevén el asunto... A nadie le amarga un dulce. En Gandía, durante la guerra civil, no se resignaron a las fiestas «adquiridas», y el Comité local no tuvo ningún escrúpulo en convocarlas en los siguientes términos: «Grandes fiestas en honor del camarada Francisco de Borja, ex duque de Gandía y ex santo». Así lo asegura el señor Forcada, de Castellón de la Plana. Era lógico, lo de Gandía. No digo que fuese consecuente — ¿para qué? — ni prudente — ¡ay! —: lógico, sí. Y por ahí iremos tirando... ¿O no?

Joan FUSTER

Inglés en Inglaterra

ANGLO-CONTINENTAL SCHOOL OF ENGLISH

(reconocido oficialmente)

CURSOS PRINCIPALES INTENSIVOS
CURSOS DE EXAMENES CAMBRIDGE
CURSOS DE VERANO
CURSOS ESPECIALES para: viajes y turismo, secretarías, ejecutivos de empresas, profesores de inglés, empleados bancarios, personal de hoteles y restaurantes

Solicitar documentación detallada de las escuelas y los cursos en Bournemouth, Londres y Oxford, INTERSCHOOL INFORMATION SERVICE, St. B. Tanner, Calle Geroni 174, e.á. 1a, Barcelona 8, Teléfono 257 39 45 (20.00+22.00 h)

Nombre (número del distrito postal) EE 10A
Calle Ciudad

ENHORABUENA QUIZ YA ESTA

EN SU QUIOSCO

QUIZ SU GRAN EVASION

INVERSION SEGURA

en T. Cos CONSTRUCCIONES

30 años de experiencia construyendo nos permiten ofrecerle la máxima garantía con el mejor sistema
Telefonéenos al 236 20 01. Escribanos Avda. Gaudí, 68